



3. *Alfaro*  
ERRORES DE CONCEPTO

TECA NAC

"LA RAZÓN" DE TRUJILLO



SR. GENERAL DE LOY ALFARO

— 10 —  
CUESTION ELECCIONARIA

*Anónimo*



QUITO

IMPRESA DE "EL DIARIO"

1901







## ERRORES DE CONCEPTO

---

X. L. N.º 1.009, correspondiente al 12 del mes próximo pasado, de "La Razón", diario librepensador de Trujillo (Perú) escrito con viril energía por hombres independientes y de espíritu levantado,—de aquellos que desde hace años vienen sosteniendo en la vecina República una ardiente campaña contra la intolerancia religiosa y el despotismo de la clase sacerdotal,—trae un editorial intitulado UN LIBERAL QUE APOSTATA, con-

traído á hablar de la supuesta apostasía del Presidente de la República Sr. General D. Eloy Alfaro.

La primera parte del artículo en referencia es una oda; la segunda, un gravísimo error de concepto originado por falta de información imparcial, y la última, un *anathema sit* digno de ser comentado y agradecido hasta por los devotos Redactores de "El Bien Social", de Lima.

Dicha primera parte dice así:

"Los triunfos del liberalismo, cualesquiera que sean el lugar en que se realicen y el pueblo que los conquiste, pertenecen á la humanidad, son beneficio y gloria para ella.

"Lutero proclamando la Reforma; Savonarola muriendo por la libertad del pensamiento; los patricios de Pennsylvania rompiendo el yugo inglés 'por cuanto todo pueblo ha recibido de Dios el derecho de gobernarse libremente'; Mirabeau elevando á dogma político desde la tribuna del Parlamento Francés la verdad de la soberanía del pueblo; Víctor Hugo azotando con el fulgente acero de su fra-

ne el mercantilismo y la corrupción del clero; Mazzini haciendo vibrar el verbo de la República y de la democracia desde el Etna hasta los Alpes; Juárez arrojando del territorio patrio á los invasores extranjeros y de los antros de miserias sin número á los falsos maestros de las multitudes mejicanas; Reina Barrios tronchando las cien cabezas de la hidra clerical en Guatemala; Ramón Chías, Ibarreta, Demófilo y el mártir García Vao enseñando al pueblo hispano el camino de la verdad y del perfeccionamiento; Ramón Verea destrozando á plumazos, radiante como haces de luz, las caretas de los tiranos de América, políticos y religiosos; Mariano Amézaga, Gonzáles Prada, Dam emprendiendo con indomable energía la misma benéfica y santa labor en el Perú; Eloy Alfaro pulverizando, en nombre de la dignidad nacional y de la dignidad humana, la obra funesta y ridícula alzada en el Ecuador por los Caamaños, los Flores y los Corderos; todos estos campeones del libro y de la espada han hecho bien á la humanidad ente-

ra, puesto que han contribuído á las derrotas y al debilitamiento de ésta, y han ido preparando poco á poco, como lo seguirán haciendo otros, el advenimiento de un régimen social inspirado en la justicia perfecta é implantado para todos los hombres.

“Por eso los triunfos alcanzados por aquellos benefactores de la especie, triunfos fueron y gloria de todos los que anhelan por la dignificación y bienestar humano, y por eso trazamos ahora estas líneas mortificados por decepción dolorosísima para cumplir con el deber de condenar la apostasía de un prohombre del liberalismo americano.”

Estos párrafos son de bella literatura periodística dentro del canon radical, y no es poca gloria para el General Alfaro andar en uno, como diría Montalvo, con personajes como Savonarola, Mirabeau, Víctor Hugo, Mazzini y Juárez, en la obra civilizadora y redentora de la especie humana.

Pero viene la *decepción dolorosísima*, y cae el prohombre más abajo, pro-

blemente, que los vencidos por la luz del pensamiento libre. . . . . ¿Cuál la causa de aquella decepción superlativa? Ya lo verán ustedes; ya mirarán donde está la apostasía del obrero del progreso y demás, que dice "La Razón" de Trujillo.

Seguimos copiando:

"Ése mismo Eloy Alfaro. El héroe de cien combates librados contra la tiranía. El que desbarató, fuerte con la fuerza que el pueblo le diera, esa invención absurda y denigrante de la *Republica de los Sagrados Corazones*. El que lavó la mácula arrojada en la bandera de Montalvo y Vargas Torres, por las intrigas del clericalismo hecho poder. El que devolvió á los ecuatorianos el precioso tesoro de sus derechos y de sus libertades. . . . .".

Hasta aquí todo va bien; y plácenos que la verdad no tenga linderos y que la justicia se abra paso en las conciencias de los hombres de buena voluntad.

Razonable es, ya que la envidia, el despecho, el odio profundo de malos ecuatorianos han ido á buscar un demagogadero en las columnas de la

Prensa extranjera, para denigrar el actual orden de cosas del Ecuador y presentar ante el mundo al Jefe de la Nación ecuatoriana como un ogro sanguinario repleto de todas las concupiscencias y ahito de todos los crímenes; razonable es que en esa misma Prensa extranjera haya quienes sepan desinteresadamente acatar la verdad de los hechos y reconocer la obra benéfica aquí llevada á cabo por el esfuerzo combatido del honrado partido liberal y del General Eloy Alfaro.

No es lo apuntado por el diario peruano lo único bueno y valedero, civilizador y progresista que en estos últimos años ha hecho el que ahora, por una ofuscación comprensible y perdonable como luego veremos, trata de apóstata y á quien quiere borrar del libro de los buenos.

Napoleón el Grande solía dictar reglamentos de teatro y artículos para el *Monitor*, disposiciones administrativas y suntuarias, en el fondo de los campamentos, en el recinto de las ciudades tomadas por la fuerza, en los entreactos de las grandes batallas.

Sin ver Napoleón ni cosa parecida, algo de esto ha hecho D. Eloy Alfaro en esta época presente de su vida pública. Vino al Poder empujado por la tempestad, y en medio de la tempestad se ha mantenido; pero los aprietos de la propia defensa y de la defensa de las instituciones liberales, todavía le han dejado tiempo para atender á empresas de utilidad nacional. Cinco años de revolución constante, y el Ecuador próspero: ¿comprenden semejante antinomia los redactores de "La Razón"? Este ha sido para el pueblo ecuatoriano algo como el *juicio de Dios* de los tiempos medioevales: ha atravesado por medio de las llamas, y ha salido ileso: el triunfo es suyo; sagrada, la causa que defiende. . . . .

Cinco años de revolución, y el crédito salvado; emprendidas obras públicas de mucho aliento; aumentado el presupuesto, floreciente el Comercio, en auge la Agricultura, victoriosa la Industria en las Exposiciones y Mercados extranjeros, mejorada y laicizada la Instrucción Pública, organi-

zando el Ejército, atendido el detalle administrativo con escrupulosidad nimia, favorecidas las Artes y las Letras, implantadas mejoras y reformas que han de ser duraderas, y casi conquistado el porvenir . . . . Estas son obras del patriotismo y la constancia. —La lucha ha sido dura, en verdad, lo es todavía, pero en ella ha presidido por parte del liberalismo un alto principio de tolerancia y caridad social que ha dignificado la defensa convirtiéndola en un apostolado. El clero ha provocado la guerra religiosa; la ambición ha levantado bandera; el odio ha ido á aconsejarse con la traición en los países limítrofes; la masa de resistencia ha sido enorme; y se ha vencido la revolución, castigado el motín, sorprendido la intriga, esquivado la conjuración liberticida y criminal, y después de la victoria se ha perdonado . . . . se ha perdonado siempre, con una magnanimidad á prueba de desengaños y traiciones. Hoy mismo, los ecuatorianos que fueron á buscarlos conflictos internacionales en el Sur de Colombia, se mantienen con el

arma al brazo . . . . ¡y se hallan indul-  
tados, amnistiados, perdonados! . . . .

Y no sólo la revolución conserva-  
dora se ha levantado contra este Go-  
bierno: los desastres se han multipli-  
cado, los incendios devorado ciudades,  
destruídolas los terremotos. . . . Y la  
constancia de este pueblo, la energía  
del partido dominante, ha vencido  
también á la Naturaleza! . . . . .

Todo esto es bueno que se sepa en  
las Naciones extranjeras, para que no  
se juzgue mal de los hombres y de  
las cosas de este país en virtud de los  
informes apasionados de los que no  
dudan ni vacilan en desacreditar el  
suelo donde han nacido con tal de ha-  
cer la propaganda de sus intereses de  
bandería ó dar suelta al rencor de  
que su alma desventurada está llena.

Pero no olvidemos nuestro propó-  
sito.

Aquí viene el *quid* de la apostasía.  
Oigamos á "La Razón":

"Es él (el General Alfaro) quien  
mancha su historia y burla las espe-  
ranzas de sus conciudadanos, echán-  
dose por la senda maldita del abuso y

de la mentira y preparándose á ahogar esas mismas libertades y á imponer á su patria un sucesor de su agrado en el alto cargo que se le confió creyéndole inflexible en el cumplimiento del deber”.

De manera que los conflictos electorales que aquí nos aquejan, han hallado su resonancia en el Perú, y allá se juzga de nuestras cosas con un criterio partidarista al que no debieran entregarse escritores que si aman la libertad, la justicia y el progreso, deben amar también la verdad con el mismo ó mayor ardimiento.

Para venir á esta conclusión, no había necesidad de hablar de Lutero y el doctor Amézaga, de Savonarola y Ramón Verrea, de Víctor Hugo y Reina Barrios..... Tanta gente estaba de sobra si se trataba únicamente de llevar el contrapunto á la prensa banderiza del Ecuador que, en su afán de quemar lo que antes adoró, no se fija en la clase de combustible que ha amontonado sin pisca de juicio ni asomos de consecuencia y republicanismo.

Que de eso se ha tratado, lo dice el mismo periódico al cual hacemos estas observaciones.

“Según los numerosos artículos que trae acerca de este grave asunto la prensa ecuatoriana, especialmente la de Guayaquil. . . . .”

Pero ¿qué prensa? Será “El Telégrafo” especie de león de San Marcos donde el franquismo más ultra ha ido a molar, por resmas y toneladas, los anónimos de la difamación y de la locura partidarista contra un Gobierno que hasta ayer le llenó el vientre? “El Telégrafo”, piedra de escándalo del liberalismo ecuatoriano, y que quiere recoger á última hora la buena mies que otros trabajadores sembraron?— Este periódico es órgano de una candidatura: si nos le imponen como juez, es recusable, por prevaricato; si nos lo presentan como testigo, es tachable, por parcial. ¿Cómo ha de juzgar, cómo ha de deponer en causa propia?

¿Qué prensa? Será “La Nación”, encrita por peruanos, adversa á los intereses nacionales, empeñada vehementemente en la candidatura Franco?



¿Será "El Grito del Pueblo", eco de todos los sonidos, entregado á todos los rumores y solapado enemigo del partido liberal y de la persona del General Alfaro?

¿Será "El Tiempo"..... Pero ¡ah! "El Tiempo" no dice *esta boca es mía*, pues el exceso de imparcialidad, ha engendrado, en él,—si se puede engendrar una cosa negativa,—la falta absoluta de criterio político.

¿Será "El Patriota", órgano de la Candidatura García?

¿Serán las publicaciones ocasionales que ocupan hoy todas las imprentas de Guayaquil, con el santo objeto de trabajar por una ú otra Candidatura denigrando al Gobierno y preparando las sendas de la guerra civil?

No es en "La Lucha", en "El Diablo Elector" y otros periodiquines así donde los escritores juiciosos y que se precian de hombres de bien deben ir á buscar la fuente de sus inspiraciones, mucho menos en tratándose de un asunto tan grave como la honra de un Mandatario y la suerte de un partido político.....

¿Qué Prensa? Los periódicos franquistas y garcistas del Interior de la República, hoy tan abundantes, tan abundanciales, tan animosos y de tan poca valía?

Dividida la opinión en bandos ad-versos, llevada á su período álgido la *fièvre* eleccionaria, desatadas las pasiones de bandería, en danza macabra los intereses contrapuestos de los diferentes grupos electorales, no es en sus manifestaciones públicas, en sus palabras, en sus escritos, en sus diatribas y acusaciones donde hemos de ir á buscar documentos para basar nuestros juicios. La evidencia de los hechos consumados nada demuestra por sí misma sino se sabe el motivo que impelió á ejecutarlos á quien los hizo; y sin conocer bien, ni siquiera medianamente, las causales de esos hechos, de ninguna manera es lícito fallar contra determinada persona, ni aun contra el hecho mismo.

Y bien, ¿qué es lo que le dicen á "La Razón" de Trujillo *los numerosos artículos de la prensa ecuatoriana, especialmente la de Guayaquil?*

Le dicen que “la Candidatura más popular en esta Nación es la del General Manuel Antonio Franco, radical firme y uno de los principales colaboradores en la obra de reforma que aquí se realiza actualmente.”

¡Dios del cielo! ¿Cómo no le han de decir esto los periódicos que están, ó estuvieron, empeñados en el triunfo electoral del Sr. Franco?

El Sr. General Franco, verdad es y verdad que no podemos ni debemos ni mucho menos queremos negar, es un radical firme y uno de los primeros colaboradores en la obra de la reforma de la sociedad y la política ecuatorianas, como muy bien dice “La Razón;” pero aunque influyente y querido en los cuarteles, aunque mirado como el hombre de la situación por un grupo ultraradical que pretende festinar la reforma violentando el tiempo, la educación y el carácter de la Nación ecuatoriana para llevar á cabo planes de todo punto bellísimos, pero de todo punto impracticables todavía si se ha de atender á la durabilidad de la obra y á la moralidad de los medios;

el Sr. General Franco, decimos, á causa de esa misma impaciencia doctrinaria y una fama, justa ó injusta, más innegable y muy propagada, de terrible atrabilis de carácter, no goza de la popularidad con que el colega peruano le adorna. El Sr. Franco erró, al nacer, la época y el país: esta es su mayor desventura en medio de todas las buenas cualidades y excelentes aptitudes que tiene. La mayoría de los electores han dicho, al oponerse á su postula, que sería empresa vana el fusilar á la mitad de los ecuatorianos para gobernar pacíficamente sobre la otra mitad. Y el genuino partido liberal, el que no tiene acaso todas las generosas é infantiles vehemencias de los impacientes, pero que cuando edifica, edifica con solidez y tras cada avance puede decir con el Venusino *Exegi monumentum ære perennius*, el genuino partido liberal le negará sus sufragios al digno, entusiasta y valeroso Sr. Franco, hasta que este pueblo educado por jesuitas y envilecido en la práctica de la servilumbre terrorista, pueda mirar sin

susto las ideas trascendentales, nuestro ensueño dorado, á la realización de las que vamos á paso de tortuga quizás, pero asegurando el camino.....

¿Sabe "La Razón" de Trujillo cuál es la prueba más palmaria de la falta de popularidad de la candidatura del excelente y patriota Sr. Franco?— Pues es la caída sin ruido, plácida, silenciosa, "como la piedra en la laguna", que dijo el poeta, de dicha Candidatura. Renunció el Sr. Franco; y un hecho de tanta significación que debería trastornar los ánimos, ó á lo menos, variar la faz de los acontecimientos, apenas si ha sido comentado por los articulistas de los diversos círculos políticos. No ha sido aquel un acto político, créannos los redactores de "La Razón"; ha sido una pifia..... Y una pifia define á un Candidato..... es decir, lo inutiliza para siempre.

¿Qué otra cosa le han dicho á "La Razón" *los numerosos artículos?*

Le han dicho que:

"Otro candidato es el *doctor Li-*

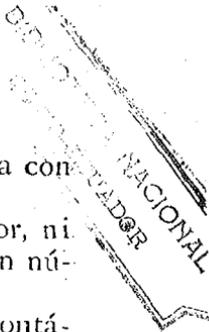
¿quién García que también cuenta con buen número de prosélitos”.

¡V aquél Candidato ni es doctor, ni es Lizandro, ni cuenta con buen número de prosélitos!

¿Qué diría “La Razón” si le contáramos confidencialmente los manejos de ese señor García para llegar á la Presidencia en hombros de los conservadores? ¿qué diría si le contáramos que anda hanquetado por los curules de Guayaquil, como el futuro Gedeón á cuya trompeta han de caer hechos trizas los muros de esta Jericó de la impiedad que llamamos liberalismo ecuatoriano? ¿Qué diría si le contásemos que ese señor García es, desde hace años, el enemigo irreconciliable de esta que juzga obra de reforma en el Ecuador y de este Alfaro á quien pone á lado de los grandes conquistadores de la libertad de confederación?

Pero dejemos á los señores Franco y García, y vamos al pecado gordo del General Alfaro.

Seguimos copiando de “La Razón”.



“Pues bien, el General Alfaro acaba de anunciar, desde el solio presidencial, una tercera candidatura,—la del General Leonidas Plaza,—que recomienda á sus gobernados y en cuyo apoyo destituye empleados públicos, cambia el personal del ejército, y lo trastorna todo, prometiendo tan escandalosa parcialidad días de luto para el pueblo ecuatoriano y de vergüenza para la causa liberal en todo el mundo”.

No acabaríamos nunca si fuésemos á rectificar, aclarar y defender todo lo contenido en estas pocas líneas.

Hay mucho que decir.

Jamás Mandatario alguno de Nación, con gravísimas responsabilidades para con el Estado que dirige y el partido político que representa, se vió en mayor compromiso en una época eleccionaria, que el Sr. General Alfaro.

Hé aquí la situación:

Dos candidaturas proclamadas por el mismo partido liberal,—y adviértase, de esta manera, que la división no provino del General Alfaro, como se

da á entender, sino de los partidarios mismos.

La una candidatura se presenta como opositorista,—la del Sr. García; —la otra,—esperanzada en el apoyo oficial,—la del Sr. Franco.

El triunfo del Sr. García equivaldría á deshacer lo hecho, por retroceso; el del Sr. Franco, á derrumbar lo edificado, por precipitación. En este asunto, no tanto estamos discutiendo personas, cuanto la estabilidad de principios y las conveniencias sociales de un credo político.

El Sr. García, enemigo del Ferrocarril, enemigo del régimen económico, enemigo de las reformas sustanciales—que hasta ahora y no obstante tanta lucha, no han podido establecerse de un modo definitivo y aclimatarse;—enemigo de los avances doctrinarios; enemigo de la propaganda doctrinaria en sentido anticlerical, moderado, muy moderado, demasiadamente moderado, por temperamento, por carácter, por atavismo y por posición social, se presenta proclamando una política de conciliación muy amplia entre

todos los elementos adversos y heterogéneos, y su órgano oficial y sus adeptos comienzan por negar hasta la existencia misma del partido radical ecuatoriano. ¿No era ésta una amenaza para todo el liberalismo, y más, estando como está en campaña el bando terrorista, allí con las armas en la mano, aquí en la senda oscura de la intriga y la conspiración constante? ¿Qué sería de nosotros con el Sr. García, acompañado de los curas y de los conservadores, destruyendo toda la obra revolucionaria, demoliendo todo el edificio liberal, pulverizando toda la faena de estos últimos cinco años?

Por otra parte, el franquismo se presentó con violencias, despótico, irascible, autoritario, con escándalos y abusos innominados.—¿No era ésta otra amenaza para el partido liberal, amenazado de morir á mano airada, por intemperancia propia y sublevación de la mayoría nacional, sumida todavía en la antigua sombra?

El Sr. Alfaro no sólo es el Jefe de la Nación, ejecutor de la ley, sino también, y muy principalmente, el Je-

fe del Partido liberal, responsable directo de los destinos de éste y de la eficacia de su triunfo.

Ahora bien, ó creemos ó no creemos en la bondad de la doctrina liberal como inspiración directiva en la marcha de las naciones. Si no lo creemos, estamos demás, ya que no representaríamos sino la fuerza bruta de un partido sin programa y sin más aspiraciones que el mando por ser mando, por ser poder, por ser medio de satisfacer los intereses personales y los de caudillaje. Si lo creemos, entonces estamos, cuando á la realización del ensueño hemos llegado, en la obligación imprescindible de asegurar el triunfo, no por medro personal ó ambición de bandería, sino en razón del mayor beneficio que de ese triunfo reportan nuestros conciudadanos.

¿Qué son ante esta clara visión de los intereses patrios las triquiñuelas constitucionales y las alharacas de nimia escrupulosidad legal, de darse preferencia á las cuales sería abdicar la hegemonía, entregarse á los enemigos y suicidarse tontamente?

Si el triunfo de una idea es provechoso para una Nación, sostenerlo contra viento y marea; pues la política no es sino la ciencia de procurar la mayor felicidad á los pueblos, dentro de los límites de lo justo y de lo honesto.

Así lo creyó el General Alfaro, y puesto entre la espada y la pared, viendo el riesgo del derrumbamiento del edificio levantado en cinco años á costa de un río de sangre ecuatoriana, de sacrificios sin cuento, de amarguras indecibles, de sudores y padecimientos imponderables, se creyó en el caso de salvar con el partido, el país, é intentar una diversión en la batalla eleccionaria, de modo que saliesen á flote ideas, principios y esperanzas.

Así nació la candidatura del General Plaza, como una fuerza moderadora entre dos extremos igualmente odiosos, como una medida política para mantener en pie lo hecho y continuar en lo que está por hacerse.

Y el Sr. Alfaro no impuso esa candidatura, la presentó, la propuso, la aconsejó, la recomendó, si se quiere,

como un medio de pacificación, pues otra cosa es que sepa el periódico de Trujillo que la revolución estaba en puertas, y la tercera postula era casi un principio de defensa.

¿Y sabe "La Razón" lo que en el asunto hubo? Que el Presidente Alfaro sacrificó en bien del país y del partido sus simpatías personales, abiertamente declaradas en favor del Sr. Franco, y probadas y manifestadas con largos años de amistad y compañerismo, en la lucha y en el poder, en la patria y en el destierro.

Acerca de lo de destitución de empleados y renovación del personal del Ejército y total trastorno, diremos que esas son exageraciones y falsedades muy comprensibles en "La Razón," que juzga á través de las noticias de los enemigos del Gobierno, como ya lo hemos probado.

Sobre el asunto se ha dicho, discutido y explicado mucho, y no es este lugar en que vamos á reproducir y transcribir todò lo publicado; sepan tan sólo los diaristas peruanos y los demás de la prensa extranjera donde

tales cosas se repiten y se comentan, que aquellas destituciones y aquella renovación de oficiales no han obedecido á planes eleccionarios sino á necesidades de defensa pública: si en las oficinas de la Administración, si en los cuarteles y los círculos militares se estaba urdiendo una trama para sacar triunfante la Candidatura del Señor Franco, ¿por fas ó por nefas, ¿no era muy natural y hasta obligatoria la intervención del Poder político, ya como garantía de libertad eleccionaria, ya como garantía de seguridad pública? Si las autoridades y los oficiales por vivir al Sr. General Franco echaban mueras al Gobierno en calles y plazas, si por presentarle popular al Candidato radical desprestigiaban al Gobierno llamándole despótico y criminal, ¿el Gobierno se había de cruzar de brazos ante desmoralización semejante, ó había de castigar á dichas autoridades y oficiales cuando menos con la destitución?

Estas son cosas que no quieren comprender los enemigos de dentro, pero á las cuales fácilmente darán ra-

zón los escritores de fuera que miran de lejos estas riñas.

Contra todas las afirmaciones de la prensa ecuatoriana laborante, están los actos públicos del Gobierno. Ahí está la nota del Ministro de lo Interior que ordena á las autoridades de su ramo el respeto más estricto á la libertad de sufragio, en términos tales como nunca se han oído en los círculos gubernativos de ninguna república sudamericana; ahí la circular del Ministro de la Guerra que ordena igual cosa á los individuos del Ejército; ahí las palabras del Presidente que ofrece respetar hasta lo último aquella libertad.

Y nosotros creemos que tanto, por lo menos, deben pesar estas palabras y estos documentos, como la interesada tergiversación de los hechos presentada por los voceros de la oposición.

Hay que fijarse en otra particularidad, y es en la de que el Sr. General Plaza no es un elemento extraño al partido radical, ni un desconocido en él, y que es prenda de seguridad de

la viabilidad de nuestras instituciones.

¿Dónde el peligro entonces? dónde la traición á los principios, dónde la mancha que sobre su limpia historia ha echado el Sr. General Alfaro?

Así, pues, no tienen por qué significar nada los párrafos siguientes del diario trujillano:

“Quiere decir que va á concluir (el General Alfaro) justificando á los falsos políticos del régimen que él mismo derribó á la cabeza de su pueblo, y dividiendo con divisiones imborrables el campo liberal para que el triunfo de los ultramontanos se haga fácil.

“Cafdas son estas muy frecuentes en el escenario político de estas democracias en mantillas cuyos caudillos pierden la cabeza en las alturas del poder y entre el incienso quemado por áulicos perversos.

“Mas no eso dejan de ser lamentables y dignas de enérgica reprobación los hombres que con debilidades semejantes malogran los esfuerzos de los pueblos y les mantienen en sangrientas y dolorosas fluctuaciones”.

Esto será mucha verdad, pero no

tiene aplicación alguna al General Alfaro ni á la política genuinamente liberal del Ecuador.

Lo que se ha hecho es salvar al partido liberal de una ruina inminente y de una división perdurable, y al país, de una situación borrascosa que hubiera traído como consecuencia inevitable la guerra civil.

Y se ha hecho por medio pacífico, decente y patriótico. Aun más, lo que se ha hecho no ha correspondido sino á una apremiante necesidad de la Patria y del partido: la prueba está en la unanimidad y aplauso con que ha sido acogida la candidatura del General Plaza, aún en los más apartados rincones de la República ecuatoriana, en los cientos de centros electorales, en las docenas de miles de firmas de adhesión, en el respiro de satisfacción que se ha dejado oír en todas partes.... todo esto no puede ser obra de un Gobierno tan combatido como el del General Alfaro, y hallándose en presencia de la oposición pseudo-liberal y de la revolución conservadora. Si el Gobierno ha salvado la situación, si

el General Alfaro mantiene en alto la bandera, si el principio ni la ley ni la justicia han sufrido en en lo mínimo, si el país está contento, tranquilo y esperanzado. ¿qué más se pide? En donde el punto de la acusación? dónde la soñada apostasía? dónde la traición "á la causa de la América y de la Humanidad"?

Ah, y cuán fácil es hablar bajo las inspiraciones del engaño!

Concluyamos.

"¡Hay que borrar su nombre (el de Alfaro) del libro de los buenos!"—exclama en su párrafo final el diario de Trujillo.

Fácil es decirlo; pero parécenos que, antes que dar lugar á eso con acciones indignas, el Sr. Alfaro ha de consentir en que se le borre del libro de los vivos.

Y al buen pagador, no le duelen prendas.

## Un radical ecuatoriano.

*Quito: 7 de Enero de 1901.*

